

RESILIENCIA

de Marianella Morena

RESILIENCIA

basado en *El furgón de los locos* de Carlos Liscano

¿Dónde estará la memoria dentro de cien, doscientos años?

¿Existirá el pasado para entonces?

Un cuerpo atraviesa la velocidad de los tres tiempos ordenados.

El recuerdo se dispara como un chorro líquido, se pierde, tal vez hacia el infinito, tal vez quede en el futuro.

Actor solo en escena. Acciona y reacciona con una luz que él manipula. El objeto lumínico es lo único que acompaña el cuerpo humano en la escena. Cumple varias funciones: su interlocutor, arma y desarma espacios, instala y sugiere.

La narración actoral está en tres niveles.

Montevideo, 1972. La represión está en el aire, en la calle y en los cuarteles de todo el país, en jefatura de policía. Ejército, Armada, Fuerza área patrullando día y noche.

Entre abril y mayo ha habido cerca de veinte muertos. Algunos han muerto en la tortura. Ya son cientos. En los próximos años serán decenas de miles los torturados. Los torturadores serán ¿cuántos?

.

Hace días que estoy en un cuartel del Ejército, encapuchado hasta los hombros; el pantalón, la camiseta, el calzoncillo, los zapatos empapados.

Tengo 23 años. No sé qué día ni que hora es. Sé que es de noche, tarde.

Acaban de traerme de la sala de tortura, que está en la planta baja, bajando la escalera, doblando a la izquierda.

Se oyen los gritos, un torturado, y otro y otro, toda la noche. No pienso en nada. O pienso en mi cuerpo. No lo pienso: siento mi cuerpo. Está sucio, golpeado, cansado, huele mal, tiene sueño, hambre. En este momento en el mundo somos mi cuerpo y yo.

No me lo digo así, pero lo sé: no hay nadie más que nosotros dos. Pasarán muchos años casi treinta, antes de que pueda decirme que es lo que siento.

No decirme “qué se siente” sino qué sentimos él y yo.

Apagón. Separador. intervención sonora. Voz femenina en off.

1- El vocablo resiliencia tiene su origen en el latín, en el término resilio, que significa volver atrás, volver de un salto.

La resiliencia es un término que proviene de la física y se refiere a la capacidad de un material de recobrar su forma original después de haber estado sometido a altas presiones.

Luz

Acabo de cumplir 7 años, estoy aprendiendo la hora.

Está por nacer mi hermanito. Me dejaron solo en el pasillo del hospital.

Un hombre de 7 años firme como quiere mi padre.

Me han explicado un poco la hora, pero todavía no he aprendido.

Me concentro en tratar de ver que hace el reloj.

Así pasa el tiempo. De vez en cuando miro. De pronto entiendo la lógica de las agujas. Me doy cuenta que ahora sé la hora. Pero el reloj no avanza a la velocidad que yo quisiera.

Montevideo, 27 de mayo de 1972. Hace tres días mi hermana cumplió 16 años y hoy le hacen una reunión.

Nunca iré. A las dos de la madrugada los militares vienen a buscarme a mi casa. Me sacan de la cama, me encapuchan, me atan las manos.

Penal de Libertad, 31 de mayo de 1976. Hace 4 años que estoy preso. Una visita inesperada. Con una sospecha muy grande salgo de la celda.

Mi padre tiene los ojos rojos. Me dice que mi madre ha muerto. Agrega que en realidad debía haberse muerto él, que sin ella no quiere seguir viviendo.

Mi madre ha muerto a los cuarenta y cinco años. Siempre, tendrá cuarenta y cinco años.

Llegará un momento en que yo habré vivido más años que ella, que seré mayor que ella.

Llega la noche, me enrosco sobre mi mismo y de cara a la pared me hundo en la noche para poder pensar en mi madre. No volveré a verla. Cuando salga de la cárcel ella no estará, nunca más, no podré pelearme ni reírme con ella. Repaso los recuerdos, entre todos los recuerdos tengo uno, algo que ella me contó y que será el que más quiero. Mi madre es niña, vive en el campo, en una familia con cinco hermanos. Para ir a la escuela tiene que caminar varios kilómetros. Mi madre tiene un par de zapatillas para ir a la escuela, que solo puede usar para ir a la escuela. Es invierno, llueve, mi madre corre descalza por el campo, envueltas y bien guardadas en la cartera lleva las zapatillas, llega a la escuela, espera que se le sequen los pies y entonces se calza. Cuando la quiero recordar la veo, niña, siempre riendo, corriendo descalza por el campo, bajo la lluvia, y sé que en la cartera lleva las zapatillas.

Mi padre se suicida el 13 de diciembre de 1978.

Acaban de decírmelo y decido que aquí no ha ocurrido nada. Me cierro, como una piedra. Quedaré así años. Pero el dolor que queda encerrado no es lo único, también siento una enorme bronca. Odio a mi padre, lo odio porque se mató, porque no pensó que yo lo necesitaba, que todavía lo necesito. Después meses, años después comprendo que fue su acto de amor por mi madre. No fue una muerte plácida, serena, sin dolor, fue una muerte terrible, dolorosa. Tenía 54 años.

Elijo una imagen para recordarlo, no es una imagen hermosa, es sólo la que más me gusta de él.

Veo a mi padre llegando de madrugada, invierno, frío. Por la calle de tierra aparece el carro, lento, muy lento. Viene envuelto en bolsas de arpillera, sobre las que se ha formado escarcha.

Tienen que ayudarlo está entumecido de frío. Entra, toma su café con leche y se va en el carro a trabajar.

Vivo en el mundo en que no tengo a nadie hacia atrás. Toda la responsabilidad de mi vida será solamente mía. Pero aunque no tengo que darle cuentas a nadie de mis actos, debo mantener una fidelidad al recuerdo de aquella niña que corre descalza bajo la lluvia por el campo, a aquel hombre envuelto en bolsas de arpillera, entumecido de frío sobre un carro.

Apagón. Separador. Intervención sonora. Voz femenina en off.

2-Las catástrofes humanas se parecen. No estuve presa, no fui torturada, pero sé que las cosas se ordenan por dolor, por agujero y por amor.

Sé que en mis agujeros hay cárcel y libertad, que a veces se cambian de lugar y no puedo evitarlo. También que la libertad duele y uno voluntariamente la abandona, pero el dolor aumenta, entonces uno se va con la bronca del error, se va a cualquier parte, pero el cuerpo va con uno y es inevitable, porque nunca tiene respuestas.

Luz

Jefatura de policía de Montevideo 14 de marzo de 1985.

Son las seis, las siete de la tarde.

Hace más de 24 hs que estamos aquí. 30 hombres en el cuarto piso.

Todos hemos pasado muchos años en la cárcel diez, doce. Alguno, que ha vivido más de un encarcelamiento acumula 16 años.

Nos liberan esta noche, pero no sabemos la hora.

Estamos habituados a esperar, a esperar lo que sea.

Ya esperamos todo lo que había que esperar, ahora no es nuestro problema.

El problema es de ellos, que esperan órdenes para liberarnos.

De momento estamos en territorio de nadie, pero seguimos presos.

Debe concretarse antes de medianoche, se aprobó una ley que lo manda.

Después de firmar las salidas, nos colocan en pequeños grupos adentro de un furgón, un camión cerrado con pequeñas ventanas.

Sentados adentro del Furgón, el trámite de salida se demora. A esto también estamos habituados, sería sorprendente que no fuera así.

Siempre hay que esperar. En definitiva, una cárcel es eso, esperar. Esperar la comida, la visita, el baño, la salida al patio, el paquete que te envían los familiares, la libertad.

Arranca el furgón. Sí. Estamos en la calle. Se oyen los gritos de la gente. Emprende la marcha a toda velocidad.

Nunca recordaré cuántos éramos en aquel Furgón, ni quiero averiguarlo.

De pronto siento la extrañeza de ser un hombre libre. ¿Y ahora qué?

¿Qué viene ahora? Imposible preguntar a nadie aquí, a estos locos reconcentrados en pensarse en libertad. Quiero llegar a un sitio conocido, con gente conocida.

No sé que voy a hacer en la sociedad. No tengo trabajo, no tengo oficio, no tengo casa, no tengo documentos. Mis amigos son los que van aquí, los que estuvieron presos.

Durante años en la cárcel la libertad había sido una llanura infinita blanca.

Yo corría. Allí estaba todo. Dependía de mí llegar, de mis intereses, de mis ganas de avanzar.

Ahora comienza la libertad. Y no es la llanura. Es esto, un furgón avanzando en la noche por la ciudad.

En la cárcel era más cómodo: esto no se puede y lo otro tampoco, y apenas hay algo que se puede. Si la comida llega en hora, se come en hora. Si llega tarde, se come tarde. Y si no llega ni en hora ni tarde, no se come. Esa es la libertad que queda, y no es poca. Otros deciden todo sobre mí. Yo decido que no me importa lo que decidan. Para el preso vivir es resistir un día más, una noche más. Para el ciudadano libre, ¿qué es, cómo es vivir?

Para salir adelante tengo el instinto del animal en el monte, que es el hábito del preso: ver sin mirar, oír sin escuchar, estar enterado sin demostrarlo.

Apagón. Voz femenina en off. Intervención sonora, mezclando y repitiendo las palabras anteriores del off. El sonido interviene con la memoria de las palabras

3-Volver atrás, volver de un salto, volver atrás.

La resiliencia es la capacidad de una persona para seguir proyectándose en el futuro, volver atrás, volver de un salto, volver atrás.

1° de noviembre de 1986, Estocolmo. Entro con Anna a un cementerio pequeño. Mis muertos no están en ninguna parte.

Empiezo a llorar, sin querer, frente a una lápida, tiene una vela solitaria. Arde solitaria. Lloro en silencio. Nunca lloré.

Luz

Todo el mundo se hace una idea sobre la tortura.

Pero nadie podrá jamás hacerse una idea sobre los detalles.

Los detalles tienen que ver con el conocimiento íntimo, relacionado con el cuerpo, con el propio.

La sala de tortura como lugar de trabajo es inhóspito e insalubre.

Hay un torturador bueno y otro malo. El bueno advierte al detenido que a él no le gusta torturar, pero que su compañero es un hombre duro, violento, para demostrarlo, el malo se hace oír.

¿El preso está dispuesto a colaborar?

El preso está aturdido, también puede ponerse a delirar.

El preso no elige el delirio. Elige otro camino, sinuoso, también peligroso, pero cree que podrá. El preso promete colaboración.

Entonces llega la desinteligencia entre el torturador y el prisionero.

Porque el prisionero dice que quiere colaborar pero que no sabe nada.

En realidad el preso y el oficial juegan al mismo juego.

Son dos luchas que libra el preso, y las dos desiguales.

Una es con los torturadores. El torturador tiene prisa, esa es su desventaja, otra desventaja, tiene poco tiempo para atender su propia familia.

Había una historia que circulaba. Un joven oficial recién casado patrulla las calles de noche. Siente ganas de ver a su mujer, que es joven, está sola, y a la que hace días no ve. La mujer no sabe que el marido pasará a visitarla a esa hora. El joven oficial ordena al chofer que se detenga frente a su casa. Se baja. Abre la puerta. Entra. La mujer está en la cama con un amante. El oficial saca la pistola y lo mata.

La otra lucha desigual que el preso sostiene es consigo mismo.

Habla o no habla. En cualquier caso pierde. Si el torturado habla se enfrentará a su peor enemigo. Quedará solo ante sí mismo, semanas, meses, años, sintiéndose una mierda.

Diciéndose que debió y pudo haber aguantado más, un poco más, otra noche, otra sesión, otra metida de cabeza en el tacho.

El agua del tacho está sucia y maloliente. El preso puede vomitar en el agua, dejar su saliva, pelos, la dentadura postiza. El trabajo de los torturadores no es un trabajo fácil, exige fuerza, decisión, ¿olvido de sí mismo?

Hay olor a tabaco, a sudor, alcohol, orín, a desinfectante de excusado. Hay olor a miseria humana, que es un olor indefinible, pero que existe, inunda las salas de tortura del mundo. Aquí hay olor a dos tipos de miseria: la del torturado y la de los torturadores. No son iguales, los olores. Tampoco las miserias, pero afectan al mismo animal.

Cada preso está asignado a un responsable. El responsable es el dueño del preso, quizá no de su vida, porque necesita autorización, pero es dueño de todo lo demás.

La propiedad del responsable sobre su preso es absoluta. El preso dormirá las horas que el responsable decida, comerá si el responsable lo quiere, irá al baño cuantas veces decida el responsable quiera, estará esposado a la espalda o adelante, tendrá una manta. Él es su dueño, pero ambos se pertenecen.

El preso es propiedad exclusiva, el responsable puede ser dueño de varios presos a la vez.

El responsable dirige la tortura de su detenido, lo ve en las peores condiciones. Lo ve sufrir, lo oye gritar, siente su inútil resistencia de animal acorralado.

Un buen responsable cuida a su preso. No permite que otros lo torturen. Un buen responsable es un poco paternal con su preso: nunca lo tortura más allá de lo necesario. Es celoso: no permite que otros de menor graduación se metan con él.

La existencia del responsable da un orden a las cosas, al cuartel, y también al preso.

El responsable es la referencia del preso, mezcla de padre autoritario y castigador, señor de sus esclavos, pequeño dios que administra el dolor, la comida, el agua, el aire, el abrigo, la higiene. Cuando el preso es carne dolorida, orinada, maloliente, un pingajo empapado sobre el colchón mugriento, el responsable está allí. Al responsable nada del detenido le es ajeno.

El responsable es una persona necesaria en este mundo de dolor.

No sé si este conocimiento, porque es conocimiento auténtico, profundo, hace mejor al responsable. No sé si conocerme de este modo hace mejor al mío. No creo, en todo caso, que lo deje indiferente.

Cuando lo encuentre , ya en la cárcel , años después, y me pregunte por mis cosas, me dará la impresión de que ha reflexionado.

Quizá sean sólo mis deseos de que a mi responsable mi cuerpo deshecho y el de tantos otros, le hayan servido para algo.

Es un deseo anacrónico y estúpido, y ni siquiera hay tiempo verbal para expresarlo, y que podría formularse así:

Ojalá que a mi responsable el sufrimiento que me causa le provoque la milésima parte de las reflexiones que me provoca a mí saber que hay seres humanos como él. Cuando yo ya sea un individuo libre que sigue buscando su libertad, mi responsable pueda aprovechar para ingresar en su muerte todas y cada una de las muertes que ahora me hace morir ahogado en el tacho.

Se lo deseo, que no muera sin haberse conocido hasta el fin. Que así haya sido.

Apagón .Intervención sonora con el concepto anterior. Recupero fragmentos anteriores. Voz femenina en off.

Las cosas se ordenan por dolor, por agujero y por amor.

Lograr salir no solamente a salvo sino transformados por la experiencia.

Las cosas se ordenan por dolor, por agujero y por amor.

Luz

La mugre es otra puerta al conocimiento, al autoconocimiento. Los malos olores, el orín en la ropa, la baba y los restos de comida pegados a la barba, el pelo duro, la piel que comienza a caerse por falta de sol y de higiene, provocan asco. Uno tiene que soportarse a sí mismo. Este cuerpo sucio, maloliente, dolorido por los golpes, por la falta de descanso, con sueño, que no puede mover un pie sin pedir autorización, induce al asco. Pero uno no puede pedirle al cuerpo que resista el dolor y a la vez decirle que da asco. Entonces siente pena por ese animal. Da asco pero uno quiere quererlo, porque es todo lo que tiene, porque de su resistencia depende la dignidad, alguna dignidad.

Son nuevos conocimientos: el asco que da el cuerpo propio, el oficial que tortura y afirma su pretensión de ser justo, el soldado que se divierte haciendo que el preso se golpee la cabeza contra la pared. También eso es el ser humano.

Es probable que el torturador se haga un concepto del ser humano al que sólo él pueda acceder. Infligir dolor tiene que ser una experiencia única. Ver a un hombre o a una mujer que en el momento de ser detenido lleva una vida normal, convertido en piltrafa dolorida, carne humillada que grita, que suplica, que se arrastra, tiene que dar una visión del ser humano que la vida en sociedad no permite.

No quiero hacerme el inocente, el que no entiende ni nunca entendió la violencia. Una vez pertenecí a ese mundo. Fui uno más entre los miles de jóvenes latinoamericanos que creyeron que el hambre, la miseria, la explotación, las muertes evitables de recién nacidos, sólo se podían erradicar con otra violencia. Ya no lo creo así, pero eso no me da derecho a desentenderme del pasado, por lo menos del mío, del que soy responsable único.

Es absolutamente imposible que en el momento de la tortura o después, aunque sea años después, el torturador no reflexione sus experiencias. No que se condene: puede justificar ante sí mismo lo que ha hecho. Pero alguna vez deberá pensarse hasta el final, llegar allí donde no hay excusas ideológicas, ni políticas, ni profesionales, ni nada. Solo, mano a mano con su conciencia, el torturador, algún día, ¿qué respuesta se dará?

Antes de caer preso no sabía que este descenso al abismo, esta degradación infinita era posible. Aterra mirarse en ese espejo.

Eso habré aprendido en estos calabozos

La tortura es algo pasajero. Luego volveré a la normalidad.

¿Cuál es mi normalidad?

Apagón. Separador sonoro con los textos que vuelven (concepto del desorden afectivo) Voz femenina en off

**5 –Las catástrofes humanas se parecen
a veces se cambian de lugar y no puedo evitarlo.
cárcel y libertad
nunca tiene respuestas.
Las catástrofes humanas se parecen.**

Luz

Me meten en la celda catorce. Miro un rato por la ventana, el campo sin un árbol.

Aquello en el horizonte, tiene que ser el Río de la Plata o el río Santa Lucía.

Me siento a esperar. No sé qué, pero algo hay que esperar. Dentro de mucho tiempo lo sabré: acabo de sentarme a esperar el furgón de los locos, el que un día me llevará en el absurdo viaje hacia la libertad.

Estoy en el segundo piso del Establecimiento Militar de Reclusión No. 1, conocido como Penal de Libertad.

Tengo veintitrés años y soy el recluso número 490. Rengueo del pie derecho. En este lugar viviré doce años, cuatro meses y veinte días.

Aquí me haré hombre adulto, me saldrán las primeras canas, haré mis mejores amigos, leeré cientos de libros buenos, regulares, malos, pésimos. Aquí aprenderé mucho de otros presos, y haré por aprender algo de mí mismo. Pasaré fríos, castigos, enfermedades, incomodidades, angustias, depresiones. Viviré nuevas miserias, grandes, y pequeñas, mías y ajenas. Seré testigo de actos de solidaridad, de ternura y de afecto inauditos

protagonizados por hombres que están igual que yo, privados de todo. Sentiré que empiezo a envejecer. Comenzaré a escribir. Decidiré que seré escritor.

Apagón. Voz femenina en off

Carlos Liscano fue liberado en 1985 por la amnistía para los presos políticos.

En 1986 se fue a Suecia donde se radicó 10 años.

Actualmente vive en Montevideo y es escritor.

Cambio de luz, no es la que el manipula.

Soy Álvaro. Nací en 1973, año del golpe de Estado en Uruguay. Muy pocas veces puedo elegir a pesar de ser un ciudadano libre. Elegí decir este texto que está basado en el Furgón de los locos de Carlos Liscano.

Luz que manipula el actor encendida. El actor se va.

Texto en off. Voz de Liscano.

Antes de los treinta en el poder o muertos.

Éramos jóvenes, éramos muchos y habíamos
entrado en la vida solamente para cambiar el mundo.

La vida pasó, y nada fue como decíamos.

Fue la cárcel, fue la tortura, fueron los miles de muertos.

Aún así, cuando nos encontramos, el recuerdo
de la ilusión de muchachos llena todavía el corazón,
que se animó un día a creer tanto.

Entonces siento que si hubiera otro modo posible para mí
no lo quisiera.

Porque, y perdonen por creerlo, le debo a aquella ilusión
la alegría de haber conocido a algunos de los mejores.

fin